

Desafíos del contexto actual de Venezuela: A los que optan por vivir desde una perspectiva cristiana

Pedro Trigo, S. J.
Caracas, Venezuela

Antes de entrar en el tema, dos consideraciones. La primera es el apremio de la situación. Está tan reducida a lo elemental y causa tanta indignación, tanto dolor y tanto desgaste, que provoca quedarse preso y atascado en la coyuntura. Si no nos hacemos cargo de su estructura y de su dinámica, no lograremos salir de ella, y si salimos, no lograremos superarla. La segunda consideración está relacionada con la perspectiva de lo que diremos. Las elecciones de fin de siglo no las ganó Chávez. La gente votó por salir de un sistema gastado, incapaz, vacío. Las elecciones de diciembre de 2015 no las ganó la oposición. La gente volvió a votar por salir de un sistema gastado, incapaz y vacío.

Si nuestro horizonte solo consiste en salir de la situación actual, volveremos a la situación anterior a Chávez y luego al chavismo, y de nuevo, a la situación anterior a Chávez. El país estará empantanado y, por tanto, cada vez más descompuesto y hundido. Tenemos que proyectar una alternativa superadora viable, pero para eso, tenemos que entender, lo más analíticamente posible, nuestra situación. Vamos a exponerla sumariamente.

En primer lugar, trataremos de caracterizar el momento que vivimos; a continuación, nos referiremos a las dos posibilidades que se presentan y a las actitudes con las que debemos enfrentarlas, si queremos vivir el cristianismo de manera consecuente. Finalmente, tocaremos la relevancia de Venezuela como bandera discutida en el contexto latinoamericano y lo decisivo que resulta sobrepasar los estereotipos.

1. La situación del país

1.1. La caracterización del régimen

Chávez quiso llevarnos a un totalitarismo en los dos sentidos de la palabra, pero no tuvo la capacidad para llevarlo a cabo. El de Chávez es un totalitarismo fallido. El primer sentido del totalitarismo es el literal: un proyecto que comprende a todo el país, tanto a sus instituciones como a sus habitantes. Se trabajó para pasar de una realidad totalmente negativa a otra que se presentó como la máxima positividad posible. En palabras de Chávez, “la máxima felicidad posible”. Esto es lo que entusiasma a quienes creen en el proyecto. Pero el conductor, en este caso, un caudillo carismático con capacidad para encantar y así unimismar a las masas, pretende poseer el secreto de esta positividad y del camino para transitar a ella. Por tanto, todos tienen que seguir sus dictados. El que no lo haga es un inconsciente, que no quiere su bien ni el del país, o un enemigo, que se opone a la consecución de la máxima felicidad. El primero solo puede aspirar a ser tolerado y el segundo debe ser combatido hacia la neutralización.

Es el sentido usual del totalitarismo: un sistema político que excluye toda deliberación y que obliga compulsivamente a seguir los dictados del líder y sus adláteres. En Chávez, el sistema fue repotenciado por su mentalidad militar, que prescribía que al que manda, en su caso, el presidente, hay que obedecerlo sin deliberar. No entendió la esencia de la democracia, donde la deliberación es la raíz de las decisiones. También fue totalitario porque en los diez años que estuvo preparando la asonada, a partir del caracazo, se reunió sistemáticamente con militantes de un partido comunista no renovado, sino estatista y estalinista.

Los métodos del totalitarismo, según los expertos¹, tienden a hacer desaparecer la realidad y la pretensión de expresarla, es decir, la pretensión de verdad. En su lugar, el discurso fabrica la “realidad”, que no es tal, sino el mundo al cual se aspira. Más exactamente, la realidad son los dictados del líder, quien, además, pretende que todos la abracen y vivan en ella. De ese modo, el país se compacta hasta unimismarse: “todos somos Chávez” y “yo soy Chávez”. Pero si yo soy Chávez, no soy yo, sino que estoy alienado. Si todos somos Chávez, el país carece de subjetualidad. El líder sustituye a todos: se los traga. Es un hablar que pretende ser performativo: creador de realidad, en el sentido más fuerte de la palabra. Por eso, el hablar es siempre apodíctico. No hay interrogaciones, dudas, investigaciones, hipótesis, ensayo y error.

1. P. Trigo, “Del totalitarismo a la dictadura”, *ITER Humanitas* 26, julio-diciembre 2016, 9-32.

El segundo elemento del totalitarismo se desprende del primero: el líder y la revolución nunca se equivocan. El mal está siempre del lado de los enemigos, ya sean estos internos o externos. El que no quiera verlo ni aceptarlo, es que tiene mala voluntad y debe ser combatido.

El tercer elemento es que el totalitarismo solo juega con los suyos. En consecuencia, solo ellos, no los más preparados y con mayor vocación de servicio público, ocupan los cargos decisivos. Pero además, los rota constantemente para que no adquieran poder. De todas maneras, siempre hay purgas, porque el líder máximo piensa que quieren derrocarlo. Por eso, a mediano plazo, el aparato estatal se vuelve inoperante. Lo que cuenta es ganar adeptos constantemente.

El esquema funcionó mientras el precio del petróleo fue muy alto. Pero cuando bajó, se descubrió el desatino. Simultáneamente, los costos de producción se dispararon, las importaciones aumentaron y el país se endeudó escandalosamente. Entonces, hubo que pactar con las denostadas corporaciones globalizadas para que produjeran, en vez del y para el Estado inoperante.

El cuarto elemento del totalitarismo es el empleo de paramilitares, aparentemente sin control, para llevar a cabo operaciones sucias contra los enemigos. A esto se suma el empleo político partidista de los cuerpos de seguridad, que se desnaturalizan al dejar sus funciones para convertirse en el brazo armado del gobierno. La consecuencia, no querida, pero tolerada, es la impunidad, ya que las policías no imponen el peso de la ley pautada por la Constitución, sino los dictados del gobierno y, en el tiempo que les queda, se dedican a lo suyo particular: a extorsionar, a organizar bandas armadas o a encubrir las, volviéndose cómplices.

Chávez no fue capaz de llevar a cabo nada de lo que se propuso. Las empresas productivas que incautó o se robó, porque no indemnizó a sus propietarios, que fueron las más, quebraron y hubo que cerrarlas, u operan con pérdidas. No nació ningún hombre nuevo, porque dio derechos, pero no insistió en los consiguientes deberes. Por eso, el país que lo aceptó se fue volviendo integralmente rentista: un país de adolescentes, de mantenidos, en definitiva, de parásitos. En vez de incentivar la producción, aumentó progresivamente los controles. De esa manera, todo se fue paralizando.

El fracaso es tan inocultable y contundente, que ya no hay pretensiones reales de transformar realmente al país y a sus habitantes. Por eso, ya no hay pretensiones totalitarias. No hay más pretensión que atornillarse en el poder. Por tanto, estamos en una dictadura, pero con métodos totalitarios. Por eso, cada vez más se aspira a ejercer un mayor control sobre todo, y a reprimir a quien se oponga, a quien se piense que se opone y a quien tiene ascendiente sobre el pueblo. Así, pues, la dictadura y el totalitarismo son contrarios: un proceso histórico, aunque quimérico, y por eso, deshumanizador, *versus* el inmovilismo. Lo trágico es que

esta dictadura, porque no es más que eso, conserva los métodos del totalitarismo e incluso los ha profundizado. No son más que cascarones vacíos que, al no hacer justicia a la realidad, al dejar de lado la pretensión de verdad, al no respetar los derechos humanos ni la convivencia libre y democrática, al descuidar la producción, y al acabar con la institucionalidad, causan un inmenso sufrimiento estéril y un gravísimo daño antropológico. El régimen se centra, casi totalmente, en el control y la represión, por un lado, y en la propaganda, por el otro.

1.2. La coyuntura actual

La autodenominada Asamblea Nacional Constituyente abre dos posibilidades. Una de ellas es llevar a término todo lo que ha dicho que va a hacer y la otra que dicha asamblea sea la carta principal para negociar una salida concertada. Antes de examinar esas posibilidades, es necesario recalcar que esta asamblea no es constituyente, porque no fue elegida por el pueblo con voto universal y secreto, ni nacional, porque solo representa a los que apoyan al gobierno, una minoría que no llega al veinte por ciento de la población. A eso hay que añadir que muchos de los que siguen sus dictados para permanecer en su puesto, para que no los despojen de la pensión y para que los comités locales de abastecimiento y producción no les nieguen los alimentos, no la apoyan en su fuero interno.

Arribamos así a una institucionalidad a la cubana, en la cual el Estado, tomado por el gobierno, copa todos los espacios y desaparecen todas las libertades y también casi todas las competencias. No hay educación pública no estatal, ni empresa privada, ni siquiera con responsabilidad social, ni organizaciones sociales, ni de derechos humanos, ni deportivas o recreativas. No existe ninguna organización independiente. El Estado es el único que organiza y encuadra. Cada uno es vigilado en la cuadra donde habita, en su lugar de trabajo y en los espacios públicos. La represión lleva la voz cantante. Hacia ello vamos, si esto prosigue. Hacia esto apuntaba la reforma constitucional que Chávez sometió a plebiscito y que perdió, porque la mayoría, incluso de chavistas, no quería una institucionalización a la cubana. Sin embargo, hacia allí nos están llevando, en contra de nuestra voluntad.

Esta institucionalidad es asfixiante y deshumanizadora. Pero, más todavía, es estéril: no es capaz de dar vida, ni siquiera ofrece el mínimo para subsistir. Al desaparecer la empresa privada y la administración pública, se acaba la producción de bienes y servicios. Por esa razón, una parte considerable de la población activa abandona el país. Así, la educación, desde la universitaria hasta la popular, se está quedando sin educadores. Los profesionales calificados en medicina y en otras áreas sensibles también emigran.

¿Qué hacer en esta situación, desde la congruencia cristiana? En primer lugar, no entregarse. No solo no aprovecharse de la situación, ni colaborar con el gobierno, sino, ni siquiera, resignarse. La actitud cristiana invita a la

resistencia activa: no cooperar, manteniendo, en lo posible, la dirección de la propia vida: la humanidad, la libertad, la convivencia y la solidaridad. Hay que seguir pensando con la propia cabeza y, hasta donde se pueda, hay que convivir desde los presupuestos de los convivientes. Hay que hacer todo lo posible para que esa institucionalización no se consolide. Si el totalitarismo ha fracasado, también puede fracasar su institucionalización. En realidad, sus promotores no lo tienen fácil, porque son pocos, muy pocos, y porque hasta ahora han sido muy ineficientes. Lo único que han sabido hacer es propaganda y reprimir. Saben destruir y representar, pero no construir.

En segundo lugar, hay que aprender de lo vivido desde finales del siglo pasado, para lo cual es necesario saber leerlo y discernir. Asimismo, hay que socializar los aprendizajes para que otros aprendan y para que la historia no se repita. Tenemos que ser distintos a lo que éramos antes de comenzar este viaje macabro. Tenemos que ser mejores. El dolor no debe ser estéril, sino que debiera servirnos para escarmentar o, más suavemente, para aprender en carne propia. No podemos olvidar estos aprendizajes. Tenemos que hacer verdad el refrán que dice: “no hay mal que por bien no venga”. “Dios dispone todas las cosas para el bien de los que lo aman” (Rm 8,28). En definitiva, quiere que todo resulte en bien de los que ama.

En tercer lugar, hay que desligarse, desde ahora mismo, pública y sistemáticamente, de la violencia. El modo de producción determina el producto. La violencia no nos llevará a una auténtica democracia ni, menos todavía, a una mayor humanidad. El uso de la violencia nos hace violentos.

En cuarto lugar, hay que ayudar a quienes hayan dejado de lado su dignidad a que emprendan procesos rehabilitadores. Tenemos que hacerles ver que la dignidad humana es la mayor riqueza y que vivir de acuerdo con ella no solo encierra sabiduría, sino alegría de fondo, la cual puede coexistir con las carencias y los sufrimientos. Tenemos que considerarlos como hermanos, aunque no hayan querido vivir como tales. Y, precisamente por eso, tenemos que echarles una mano.

La realización de estas tareas demanda la práctica personal, grupal e institucional del cristianismo que se deriva del evangelio, un cristianismo que humaniza y libera. Nada puede sustituir esta práctica. Por eso, tenemos que fomentarla decididamente en nosotros mismos y en los demás. Tal vez llegue a ser el único espacio público que quede, aunque vigilado. Así, pues, solo quedarían las parroquias, como en Cuba y, más exactamente, como en los países donde se impuso la mal llamada doctrina de la seguridad nacional.

Este espacio puede llegar a ser un refugio al que muchos se acojan para conservar el fuego sagrado de la dignidad, de la humanidad, de la resistencia, de la libertad y de los sueños de un mañana mejor. Es el lugar donde ejercitar la

sustancia de una alternativa superadora. Así sucedió en Brasil, desde la segunda mitad de la década de 1960, y en Chile, desde 1974. No pasó así en Argentina, porque la mayor parte de la institución eclesiástica no siguió la línea liberadora desde los evangelios, sino, al contrario, se alió, en buena medida, con los totalitarios, aceptando sus argumentos ideológicos.

Ahora bien, si no queremos la guerra, y no hemos de quererla, porque es el peor de los males, y si no hay un golpe de Estado, que, aunque no es la solución, es el caso menos malo, tenemos que aceptar una fase de transición, la cual deberemos negociar. No negociaremos con ángeles, sino con dictadores, que emplean métodos totalitarios. Por eso, la negociación es su última carta. Negociar implicaría abandonar la nube de la ideología, en la cual han vivido en estos años, y aceptar la realidad, que cerrilmente han negado. Abrir los ojos y estrellarse contra una realidad que han escamoteado sistemáticamente, y aceptar, al menos en el fuero interno, que han sido culpables, es una decisión costosísima. Por eso, es imprescindible aceptar que, en el corto plazo, no habrá justicia. No van a entregar el poder para ir a la cárcel. Podrán ser malos, pero no son tontos. Por eso, la amnistía es una concesión básica de la negociación. Sin ella, no habrá negociación nunca. Ahora bien, la justicia tardará, pero indudablemente llegará.

Además, tenemos que ser conscientes de que mientras se puedan sostener económicamente, no habrá negociación verdadera de su parte. Ahora bien, cada día lo tienen más difícil, porque lo han ido arruinando todo. El petróleo no les sirve, porque han dejado quebrar la empresa Petróleos de Venezuela, S. A. Por eso, en contra del juicio de Chávez, se metieron con el Arco Minero de Orinoco. Pero eso no les basta. La rentabilidad no es suficiente para mantener el aparato, para dar el mínimo y para conservar la dependencia de una parte del pueblo. La energía eléctrica tampoco funciona y el agua potable es cada vez más escasa. La falta de energía eléctrica será determinante.

En este escenario, ¿qué actitudes tenemos que fomentar, como cristianos? En la negociación, tenemos que evitar, ante todo, concentrarnos en salir del chavismo. Si no lo conseguimos, regresaremos a la situación anterior a Chávez, es decir, nos empantanaremos y repetiremos el ciclo. Es necesario recapacitar sobre qué elementos hemos de introducir para no desplazarnos hasta el otro extremo del mismo horizonte. Tenemos que encontrar una alternativa superadora, para lo cual hemos de desechar lo contrario no superador y encaminarnos a lo contradictorio, que niega lo malo que había antes del chavismo y en el chavismo, e incorporar, de otra manera, lo bueno que había antes y durante el chavismo.

Prestar atención a una alternativa superadora es tanto más necesario por el orden mundial establecido, sobre todo, el predominante en nuestra América, donde prevalece una tendencia extremadamente conservadora, injusta e inhumana. Por consiguiente, un elemento imprescindible de esa alternativa ha de ser la incorporación del protagonismo del pueblo, proclamado por Chávez, aun

cuando después no lo permitió, porque lo mediatizó. Así, pues, no se trata de dar cosas al pueblo a cambio de un apoyo no deliberante, característica del populismo anterior a Chávez y mucho más del chavismo mismo, sino de contribuir a su capacitación y organización desde sí mismo, no como correa de transmisión de un partido, una institución o un gobierno.

Otro elemento que debemos enfatizar es el rentismo, el cual debe ser superado sistemáticamente. Por tanto, hemos de desarrollar el potencial productivo de Venezuela hasta alcanzar una productividad elevada, en todos los niveles y ámbitos. Esto requiere crear las condiciones necesarias para que la productividad sea estable y ascendente, pero no a costa de los asalariados, porque eso no es productividad, sino mera rentabilidad inhumana.

La alternativa no puede comenzar con unas elecciones, cuyos protagonistas sean los partidos políticos. Antes tiene que darse un gobierno de concertación nacional, esto es, consensuado, no solo por las fuerzas políticas, sino también por la sociedad civil y sus organizaciones más representativas. Las dos tareas fundamentales de ese gobierno de transición son corregir las gravísimas distorsiones y marcar el rumbo de las próximas décadas.

El gobierno de concertación nacional necesariamente debe resolver los tres problemas básicos del hambre y de la escasez de alimentos, la falta de medicamentos y de atención médica, y la ausencia de seguridad, alimentada por la nula institucionalidad y la impunidad. Estos tres grandes problemas solo pueden resolverse estructuralmente, para lo cual es necesario rescatar al Estado, secuestrado por el gobierno, y colocar a personas idóneas y con probidad moral en todas las instancias burocráticas; rescatar a las fuerzas armadas y policiales, dotándolas de independencia, profesionalidad y solvencia moral; y rescatar la economía, ofreciendo garantías e incentivos a la empresa privada, pero también exigiéndole cumplir con su responsabilidad social. Las empresas estatales, en concreto, las petroleras, deben ser independientes del gobierno, profesionales y con sentido de lo público.

La realización de este proyecto tomará un mínimo de tres años. No se trata tanto de superar los problemas, sino de marcar las líneas fundamentales y de dar tiempo a los procesos para que tomen cuerpo. Al retornar, los partidos políticos tendrían que comprometerse a dar continuidad a esas líneas, al menos durante tres períodos, hasta que sus objetivos se consideren fundamentalmente logrados.

El cristiano consecuente no puede considerar que lo dicho hasta ahora sea ajeno a él. Si no se hace cargo analíticamente de ello, es decir, no solo lo sabe, sino que puede razonarlo, dar cuenta y valorarlo, desde la perspectiva evangélica de la vida fraterna de las hijas y los hijos de Dios, no podrá discernir y andará a remolque de las coyunturas, arrastrado por los que más bulla hacen, por los más cercanos o por los que más encajan con su temperamento.

2. Interpelaciones al cristiano consciente

Las interpelaciones surgen de la situación de la gente, la cual, de alguna manera, nos incumbe a todos y, más todavía, a nuestras familias, y de la situación política, en la cual también estamos insertos, razón por la cual nos afecta.

La gente está afectada por el hambre, el deterioro de la salud y la falta de medicamentos, la inseguridad impune, la escasez del empleo productivo y la poca remuneración del trabajador, incluso del más especializado. Son cuatro afecciones estructurales, cuya superación es impedida por la situación política. En realidad, ella es la causa de fondo de que se den y de que no se solucionen.

No hay alimentos y no hay dinero para adquirir los que existen en el mercado libre. No es fácil conseguir comida. Las filas para abastecerse son inmensas y demandan muchas horas y mucha paciencia. Esta realidad coloca la comida fuera del alcance de quien no está dispuesto a esperar tanto tiempo o no puede abandonar su trabajo, ni la atención de su vivienda, ni la salud. La inflación destruye el poder adquisitivo del asalariado. Pasar la vida con hambre tiende a volvernos ansiosos, angustiados y ávidos. En estas condiciones, no es fácil compartir. Sin embargo, deberíamos verlo como algo obligatorio, no en el sentido legal, sino de una llamada perentoria al ejercicio de la fraternidad. No debemos olvidar que los pobres son la carne de Jesús. De todas maneras, este ejercicio de la fraternidad tiene costos que pueden parecernos intolerables, porque atentan contra nuestra propia seguridad vital. Esta es una situación límite, que pone a prueba nuestra identidad fundamental y nuestras motivaciones más decisivas.

La ausencia de medicinas y de equipo en los hospitales implica que, si se cae enfermo, no es fácil sanar. A eso debemos agregar que ahora es más fácil caer enfermo, por la falta de alimentos, sobre todo, de los más nutritivos, por la ausencia de agua potable e incluso de agua, por la falta de salubridad ambiental y de defensas y por el estrés acumulado. Esto le puede ocurrir a uno mismo, a un familiar cercano, a un miembro de la comunidad o a algún conocido de la comunidad educativa, cristiana o del vecindario. En esas condiciones, las personas tienden a irritarse o a deprimirse, pues su vida se encuentra en peligro, algo que no debiera suceder. Ello nos obliga a echar una mano, aun cuando los costos, como en el caso anterior, son altos. Esta exigencia demanda un amor verdadero, que nada podrá sustituir.

La inseguridad está tan extendida, que todos sentimos que en cualquier momento y lugar nos pueden asaltar, lesionar, matar o secuestrar. También nos pueden robar si por algún motivo dejamos la casa sola. La impresión es de desamparo, porque sabemos que la policía casi nunca ayuda. A veces, ella misma es la agresora o es cómplice de los agresores. En esos casos, tenemos que hacernos presentes, acompañar y echar una mano. Y también tenemos que denunciar, no solo a los organismos competentes, sino hacer opinión de que esto

no es un Estado de derecho y que los cuerpos de seguridad deben, en todo caso, proteger a la ciudadanía, que eso es lo mínimo que puede pedirse a un Estado que se respete. Conviene recordar que las dictaduras venezolanas del siglo pasado no solo lograron ese mínimo, sino que eso las justificó a los ojos de muchos, sobre todo, en las primeras décadas del siglo XX, porque la gente no aguantaba más la violencia impune. Así, pues, hubo paz, pero sin libertad.

En el ámbito laboral, lo más que podemos hacer es ayudar, incluso institucionalmente, a la capacitación de base y hacer opinión de que el trabajo no es solo un medio necesario de vida, sino, más aún, que ya es decir, un modo de vida: capacitación, desarrollo, dar de sí, constituir equipos, aportar a la sociedad, sentirse útil, etc. Esto es decisivo en la actualidad. Un trabajo en el cual la persona se sienta realizada, en el sentido más plenamente humano, puede compensar, hasta cierto punto, la estrechez vital y la escasez del salario. El trabajador comprende que, en no pocas ocasiones y, sobre todo, en ese tipo de trabajo, la culpa no es de la empresa. Ahora bien, esto antes lo tenemos que experimentar nosotros mismos. Hemos de trabajar de tal manera que podamos constatar que el esfuerzo nos construye, nos conecta, nos hace útiles y nos da alegría. En síntesis, el trabajo como Dios manda, cualifica y da calidad humana.

Además de lo dicho, que es muchísimo y que, tal vez, la mayoría no lo hacemos, en la medida en que la situación lo demanda y Dios nos lo pide a gritos, ¿qué tenemos que hacer específicamente, como cristianos?

En primer lugar, debemos ponernos realmente en las manos de Dios y, específicamente, en las de PapaDios, lo cual no podemos dar por descontado. Ello requiere tiempo diario y semanal, dedicación amorosa y ayudar a que el mayor número posible de conciudadanos nuestros se ponga también en las manos del Dios de Jesús. Lo segundo es imposible sin lo primero, pero a lo primero ayuda querer seriamente lo segundo. Vivir esta situación en paz, en la paz que da estar en las manos de Dios, es condición de posibilidad para vivirla de una forma humana y para ayudar a llevarla humanamente y a superarla. Estar en sus manos hace posible que esta situación, que nos afecta tanto, no nos influya y nos permita vivir no reactiva, sino proactivamente. Si estamos en las manos de Dios, que sabemos son manos dadoras de humanidad y que nada ni nadie nos puede arrojar de ellas, no gastaremos energías en preocuparnos de la situación y, menos aún, en maldecirla. En vez de ello, las emplearemos de manera fecunda. Ahora bien, tenemos que aceptar que Dios no actúa por arte de magia. Estando en sus manos, puede pasarnos cualquier cosa; pero lo que nos pase, no nos sacará de sus manos, de su amor, dador de vida y de humanidad.

Ante la situación política, en gran medida, causa de estas cuatro situaciones graves, tenemos que activar la democracia para cambiar de gobierno y para que el que venga sea realmente nuestro representante. Solo democráticamente, podremos restablecer la democracia. Por eso, es necesario insistir en que no

existe ningún atajo. En consecuencia, hemos de ejercitar la democracia y la cultura de la democracia en toda su integralidad, en nuestras comunidades y centros de trabajo, en los grupos cristianos y apostólicos, y en nuestras vecindades. Ha llegado la hora de ejercitar, concienzuda y creativamente, la cultura de la democracia. Sin este denodado ejercicio, nunca habrá democracia política.

La alternativa superadora solo será posible si tenemos claridad sobre los mecanismos que impiden la superación de las cuatro situaciones señaladas antes. Mientras la productividad del país no sea elevada, habrá hambre. Las divisas del petróleo solo deben suplir lo que no podemos producir competitivamente, y, aun así, resultan insuficientes. Pero sin seguridad jurídica y posibilidades de ganancia para las empresas dispuestas a cumplir con su función social, no se puede producir. Asimismo, es necesario liquidar las empresas robadas a sus auténticos propietarios, las cuales, además, son improductivas. De alguna manera, esas empresas deben producir competitivamente. Si eso no es posible en el régimen actual de propiedad, habrá que privatizarlas de nuevo.

No se puede producir con ganancias y a precios asequibles, sin acabar con la brutal sobrevaloración del bolívar para las compras del gobierno y la subvaloración para los demás. La medida afectará al poderoso negocio de la importación, ya que muchos se lucran del diferencial y de las comisiones. A pesar de ello, es necesario adoptar las medidas pertinentes. Algunas de ellas, compensatorias y transitorias, mientras la producción y el empleo se reactivan.

La seguridad ciudadana es una cuestión mucho más difícil, debido a que es necesario restablecer el profesionalismo, la honradez y el sentido de la justicia y la solidaridad en los cuerpos de seguridad. En concreto, es necesario refundar la Guardia Nacional. Las malformaciones son tantas, que el trabajo será muy difícil y exige mucho profesionalismo y entereza moral. A pesar de ello, esta no es la empresa más difícil. Lo más difícil es la regeneración humana de los policías acusados de maltrato sistemático, secuestro, robo, cobro abusivo de peaje, extorsión e incluso asesinato. La tarea resulta muy difícil porque estos policías no saben tener en cuenta la dignidad de los demás, y lo que es aún más importante, la suya propia, y porque deben acostumbrarse al nivel de vida correspondiente a su profesión, aun cuando sus salarios sean congruos. Es decir, no pueden vivir muy por encima de lo que permite su trabajo, tal como muchos lo han estado haciendo. A pesar de ello, esto hay que lograrlo, si queremos vivir sin sobresalto continuo. Y, sobre todo, si los policías son nuestros hermanos.

La rehabilitación de los policías debe ir acompañada de la de los malandros y de tantísimos otros que, de un modo u otro, se han aprovechado de la situación para vivir a un nivel muy alto sin trabajar, gracias a actividades no solo ilícitas, sino también completamente deshumanizadoras.

Debemos crear opinión pública y presionar a los políticos, en concreto, al gobierno, para que todo esto se vaya materializando. Ante todo, lo tenemos que ver con claridad y, sobre todo, hemos de quererlo de veras. Hemos de hacernos cargo de que no empeñarnos en ello equivale a renunciar a nuestro cristianismo. No podemos decir que el trabajo bien hecho, los actos de culto y las devociones, y la vida familiar ocupan todo nuestro tiempo y atención, y que, con eso, cumplimos con la voluntad de Dios.

Lo veremos más claro y lo queremos tanto, que estaremos dispuestos a pagar los costos, si estamos con la gente, sobre todo, con la que más sufre: los pobres. Tenemos que estar a su lado, no como bienhechores, sino como hermanas y hermanos, desde el cariño, la horizontalidad y la responsabilidad. Una contribución importante es el servicio social como requisito obligatorio para graduarse, si se lleva a cabo con sinceridad y seriedad. También ayudan muchas otras formas de voluntariado. En cualquier caso, tenemos que aceptar la pertinencia del refrán: "ojos que no ven, corazón que no siente". Sin un contacto serio y humanizador con el medio popular, nos faltará motivación profunda para pagar el precio de contribuir a la construcción de una verdadera democracia, desde el fomento asiduo de la cultura de la democracia.

Nada de esto podremos realizar sin una relación diaria y profunda con Jesús de Nazaret, el de los evangelios. Una relación que demanda tiempo sustancial, cariño y empeño. Así, pues, responder superadoramente a esta coyuntura es un desafío realmente trascendente y no podremos llevarlo a cabo sin una vida alternativa, honradamente enraizada en Jesús de Nazaret.

3. Relevancia de la situación de Venezuela para América Latina

El gran peligro es no afrontar la situación analíticamente, sino convertir al país en una bandera para enarbolarla frente al otro bando. La causa de este modo de tratar nuestra situación es que, en América Latina, no existen verdaderos proyectos históricos superadores. De ahí la necesidad, tanto de la derecha como de la izquierda, de construir discursos ideológicos para descalificar al adversario y presentarse ante la opinión pública.

La izquierda latinoamericana necesita decir que un país logró lo que ella intenta y que las dificultades se deben a la guerra económica del imperio, coaligado con la burguesía destronada. Sin embargo, esa misma izquierda tiene que insistir en que no va a repetir los errores de Venezuela, porque para los no ideologizados, es decir, para una gran parte de sus electores potenciales, el fracaso del proyecto venezolano es obvio. El doble discurso es síntoma de la inconsistencia de fondo, la cual, para el bien de todos, debiera ser reconocida y procesada superadoramente.

La derecha, por su parte, vocea el hambre, la falta de medicinas, la inseguridad impune y la ausencia de estructuras e instituciones y, por tanto, de productividad, y las atribuye, con justicia, al gobierno. Pero no va más allá, porque no posee ningún proyecto para superar la falta de trabajo productivo; la desigualdad, la mayor del mundo; la ausencia casi total de oportunidades para gran parte de la población, que debe emigrar; y la falta de seguridad ciudadana.

Una izquierda responsable, dispuesta a afrontar la realidad, y a la que le duela la vida de la gente y la falta de subjetividad del pueblo, una izquierda realmente democrática, debe interesarse en conocer por qué ha fallado el gobierno de Chávez para buscar alternativas superadoras. La izquierda que solo busca salvar su ilusión, para no confesar su fracaso, necesita evitar el análisis y mantenerse en la ideología, sin contrastarla en la realidad.

Comprendemos el dolor de las personas que han luchado toda la vida por la justicia social, en estructuras productivas autosustentables con el mayor consenso posible, que siempre o casi siempre han estado en la oposición, y que, tras muchas décadas de lucha, comprueban que la situación de su país está tan mal o peor, que cuando comenzaron a luchar en su juventud. Conocemos a muchas de estas personas y comprendemos su dolor, porque es también el nuestro. Pero dejar de luchar por una alternativa superadora y conformarse con una situación inconsistente, es el mal final, que no nos merecemos. Tenemos que resistir esta tentación y proseguir la lucha con la mayor lucidez y humanidad posibles. Es mejor “morir con las botas puestas”, que contentarnos con un espejismo. Tenemos que mantener la esperanza y para eso es necesario desechar las ilusiones falaces.

Es hora de escoger si queremos ser honrados con la realidad y buscar su transformación desde lo dado, o si preferimos vivir de ideales que, en verdad, no lo son, porque están al margen de la realidad. Puede que suenen bonitos, pero son solo palabras. El problema de Venezuela, no solo en el ámbito latinoamericano, sino también en el mundial, es qué hacer con esos “aliados” tan incómodos, cuando salgamos de Maduro y del chavismo, para no regresar a la época anterior a Chávez. Muchos de nosotros queremos impulsar una alternativa superadora.

El problema fundamental estriba en que no son verdaderos aliados, porque atacan al chavismo como un medio para hacer méritos ante el electorado, pero la gran mayoría no se beneficia realmente con su gestión. También ella tendría que elegir entre satisfacer solo al gran capital, a cambio de estabilidad, sueldos miserables y el señuelo del consumo, inalcanzable para la mayoría, o buscar una verdadera estabilidad, basada en hacer justicia a la realidad, propiciando una verdadera seguridad social, para lo cual se necesita capacitación, productividad y sueldos decentes.

Unos y otros tienen que ser honestos y dejar de explotar tácticamente el problema de Venezuela y aceptar que Chávez vino porque lo que había en

ese entonces no valía. Pero el chavismo tampoco funcionó. Por eso, perdió la elección de diputados de 2015. Por tanto, es necesario pergeñar una alternativa, la misma que la realidad latinoamericana nos pide pensar a todos, a cada país con diferentes matices, pero, en el fondo, la misma, si queremos ser honrados con la realidad.

Indudablemente, la reinención de la izquierda pasa por transitar de la confrontación y de la lucha de clases, para contrarrestar la lucha despiadada del capital contra el trabajo, a la simbiosis. La tarea pendiente consiste en pasar de un juego en el cual lo que uno gana lo pierden los demás, a otro en el cual todos ganamos. Es lo mismo que ocurrió después de la segunda guerra mundial y, en Venezuela, en las décadas de 1960 y 1970, a través de un Estado interclasista, cuyas limitaciones, con el tiempo, provocaron su fracaso.

No obstante, la percepción de Venezuela en la región comienza a cambiar por la emigración masiva y creciente de venezolanos, la cual se está convirtiendo en un verdadero problema para la mayoría de los países latinoamericanos. De esa manera, Venezuela no solo es cada vez más un problema de ellos, sino que, además, amenaza con volverse inmanejable. Los rostros concretos de los venezolanos hacen cada día más inadecuado el tratamiento ideológico del problema. Casi todos ellos hablan pestes del gobierno, aunque la mayoría no es política ni está ideologizada. Hablan de problemas estructurales, como el salario, que no alcanza para nada, ni siquiera el de los profesionales de alta graduación y con empleos muy calificados; el hambre, porque no hay alimentos y, si los hay, son de bajo valor nutritivo; la falta de medicamentos y de sus precios inalcanzables, si se los encuentra; la inseguridad, pues en cualquier momento y en cualquier sitio se puede ser víctima de un asalto, y los policías extorsionan sistemáticamente; la falta de repuestos para los carros, o de dinero para comprarlos; y la escasez de dinero para reparar la vivienda...

Todos saben que el país tiene recursos potenciales y que contaba con personal capacitado. Cuando se pregunta qué ha pasado, todos responden que el gobierno ha desnaturalizado todo. Se cree dueño de todo, pero es incapaz de gobernar. Por eso, el Estado no funciona. Pero tampoco deja hacer a los demás, en concreto, a la empresa privada y a muchas organizaciones civiles. Como se produce muy poco, hay que importar casi todo, pero no hay divisas para adquirir esos bienes. Por eso, el gobierno introduce constantemente en el mercado dinero inorgánico, lo cual produce hiperinflación. Por donde el gobierno nos lleva, no hay salida. Vamos en caída libre. Por esa razón, la población, sobre todo, la joven, que no vislumbra futuro, está emigrando.

Cada día, más latinoamericanos escuchan este relato, que así ha creado una opinión pública, más allá de las opciones políticas, de que hay que hacer algo para que Venezuela cambie. A esto se agrega que los ciudadanos y los gobiernos de las otras naciones latinoamericanas se sienten invadidos por los

venezolanos. Este fenómeno, que no saben cómo manejar, impulsa a los gobiernos a hacer algo para que el cambio se produzca. Les resulta difícil adoptar medidas contra los venezolanos, pues todos ellos saben que Venezuela fue una receptora neta de inmigrantes. Sin embargo, la creciente presión de los migrantes urge arbitrar una salida.

A los cristianos latinoamericanos les pedimos, como cristianos venezolanos, que sean honrados con la realidad, que no se dejen llevar por la maquinaria de propaganda del gobierno, que son simples cantos de sirena. Si la vida, el don máximo de Dios y lo más elemental, está amenazada por el hambre estructural, por las enfermedades desasistidas y por la violencia impune, y si estas realidades son estructurales, porque se deben fundamentalmente a la mala conducción del gobierno, no se puede no concluir que estamos en una situación de pecado.

Nos tienen que ayudar a que la verdad salga a la luz y a que salgamos hacia una alternativa superadora. Nos tienen que hacer sentir que no estamos solos. Tratamos de vivir la situación con la mayor dignidad y solidaridad posibles. Tratamos de vivir como hermanos, incluso de aquellos que nos tiranizan, cuyas acciones condenamos. Les pedimos, pues, que nos hagan sentir que son nuestros hermanos.

